

LA DEPOSICIÓN DE CÉSPEDES

Carlos Manuel de Céspedes desde que se inició la Guerra de los Diez Años tuvo que confrontar grandes dificultades. Tenía enemigos entre los propios conspiradores y, por tanto, siguió teniéndolos durante toda la Revolución. Pues su gesto audaz y viril adelantándose a la fecha fijada para el levantamiento fue motivo de grandes intrigas. Muchos no vieron que lo hacía impulsado para evitar la orden de prisión dictada contra él, sino que había despojado de la jefatura del movimiento a Francisco Vicente Aguilera, que todos consideraban como el jefe nato de la Revolución, entre ellos el abogado Francisco Maceo Osorio, sin embargo con la actitud noble, desinteresada y patriótica de Aguilera, todo su grupo se sumó al movimiento iniciado en «La Demajagua» y reconocieron como jefe de la rebelión a Céspedes.

El título de *Capitán General* que dio Céspedes a su jefatura, fue otro motivo muy criticado, pues aunque era un asunto sin mayor importancia y trascendencia, se estimaba que imitaba la jerarquía española.

Los grados otorgados a muchos hombres que secundaron el movimiento trajo tal vez algún resquemor en los que esperaban o ambicionaban mandos estimándose superiores o con más méritos que otros.

Después el intento de dictadura de Donato del Mármol que fue la primera simiente de la discordia revolucionaria y anticespedista, aunque conjurada hábilmente por Aguilera y Céspedes, este último se despojó del título de *Capitán General* que parecía mal a los libertadores y propició la armonía entre los disidentes.

Más tarde en la Asamblea de Guáimaro donde la mayoría estaba integrada por representantes de Camagüey, Las Villas y La Habana, se creó una constitución donde la Cámara tenía todos los poderes. Sobre este aspecto dice Fernando Portuondo: «estuvo dominada por los antagonistas de Céspedes».¹³⁹

¹³⁹ Portuondo, Fernando. Curso de Historia de Cuba. Editora Minerva. La Habana, 1946, p. 445.

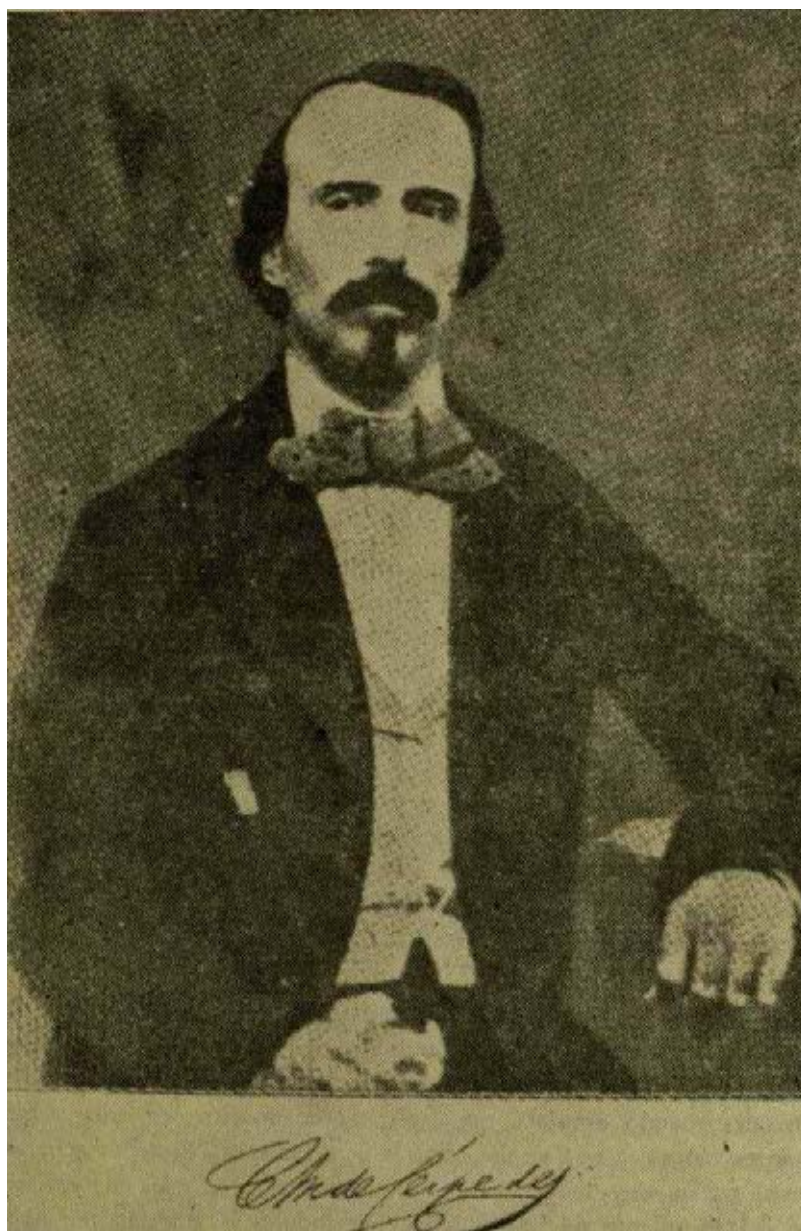
Como era natural todo el que manda siempre tiene enemigos y Céspedes los tuvo desde el mismo 10 de octubre de 1868. Podía ser justo o injusto en las medidas dictadas, podía estar en lo cierto o erróneo en las órdenes que daba, pero todo el que tiene el mando no satisface a la generalidad.

Como dice Ramiro Guerra: «Una permanencia en el poder durante cinco años excepcionalmente deja de gastar al gobernante y de crearle o aumentarle opositores, aún en tiempos apacibles o de prosperidad. Si los cinco años corresponden a período de conmociones revolucionarias, de cruentas luchas con un enemigo sanguinario e implacable; de penurias, escaseces de todo género, penalidades, dificultades y complicaciones de todas clases, cinco años de permanencia en el Poder constituye un lapso de tiempo de duración extraordinario. El hombre que llega a ejercerlo durante el mismo no puede dejar de crearse opositores numerosos y temibles, y enconados enemigos, cegados por el odio, el resentimiento, el encono o la violencia.»¹⁴⁰

El otro aspecto que tenemos que analizar es ver la Revolución Cubana y sus hombres más significados en pleno año de 1868. Tenemos que vivir el ambiente de aquella época, donde, de todos los hombres que figuraban en la Guerra de los Diez Años, ninguno había conquistado la gloria que ahora hace cien años tienen. Eran iguales, se trataban de tú, eran conocidos, tenían las mismas virtudes y los mismos defectos. Al surgir uno del grupo —el caso de Céspedes— como jefe del movimiento, se creó los enemigos consiguientes que con razón o sin ella, provocaban la enemistad personal, el malestar, la crítica. Mas Céspedes, supo con habilidad extraordinaria ir soslayando esos obstáculos, cediendo a veces más de la cuenta, lograba guiar la República en Armas y obtener los éxitos logrados, a crear la conciencia revolucionaria y mantener la guerra contra el poderío español.

La destitución del General Manuel de Quesada —su cuñado—, fue el principio del fin. Además como Presidente de la República, como director responsable de toda la guerra, tenía que llamar la atención de los generales cuando estimaba que las cosas no andaban en orden. Ello, como es natural, causa enojos, disgustos, enemistad. Aquellos generales que se creían seres superiores en su territorio al recibir las comunicaciones del Presidente de la República llamándoles la atención por algún

¹⁴⁰ Guerra. Ramiro. «Guerra de los Diez Años.» Cultural S.A. 1952. Tomo II, p. 220.



Carlos Manuel de Céspedes.

hecho ocurrido se sentían molestos y la reacción era contraria al Presidente, no analizaban si lo estaban haciendo mal, se rebelaban contra las censuras del jefe superior.

Céspedes era inexorable en cuanto a la disciplina y en 1872 lo vemos llamando la atención al General Vicente García, sobre las defecciones y le decía: «Debe usted variar completamente su manera de operar y sus puntos de retirada, abandonar las antiguas veredas y abrir otras nuevas, desconocidas, haciendo también si es posible, cambiar a los jefes de zona, y a las familias de domicilio, para que se desorienten los traidores pasados al enemigo.»

A Calixto García le recomendaba como General «la necesidad de- qué hubiera orden, subordinación y justicia: es tiempo más que sobrado' de que desaparezcan los abusos y excesos junto con los hombres que los cometen. Hay hechos que perpetrados y consentidos, deshonran las armas de la República y perjudican a nuestra causa. El asesinato de los cubanos inermes, el despojo vandálico de la familia que pacíficamente- nos esperan en sus moradas, llevada a cabo por una soldadesca desenfrenada y autorizada por jefes que no comprenden la dignidad de los mandos que ejercen, son atentados que deben cortarse de raíz, aunque sea forzoso echar a abajo las cabezas de los que en ellos incurren».³

Estos escritos de Céspedes dirigidos a los jefes militares, no le atraían simpatía alguna, por el contrario dejaban rencor. El ambiente de Céspedes entre los jefes de las fuerzas no era favorable, por el contrario lo veían con disgusto, aunque callaran sus opiniones.

Otros hechos donde se aumentó la enemistad extraordinaria contra Céspedes fue cuando se produjeron las destituciones de Ignacio Agramonte, del mando de Camagüey y de Máximo Gómez, de la División de Cuba. Eran dos jefes muy queridos de la tropa, y aunque nadie protestó y aceptaron la resolución presidencial, no por ello dejaron de producirle numerosos comentarios adversos. Los motivos que impulsaron a Céspedes en ambos casos no nos parece que requerían semejante castigo y aunque rectificó a tiempo nombrándolos nuevamente al frente de sus tropas el mal estaba hecho.

La realidad ambiente que vivía Céspedes era que se censuraban sus defectos y no se encomiaban sus virtudes. El hombre que inició la Guerra de los Diez Años tuvo que recoger abrojos en vez de aplausos.

³.Párrafos de la carta No. 120 fechada en Palmarito, agosto 1ro. de 1872., citada por A. Pirala en su obra, pp. 280-281.

El 24 de junio de 1873, dice Félix Figueredo: «incorporado a las tuerzas de Calixto García llegamos a la sabana del Curso donde se reunieron con el Gobierno presidido por Céspedes. “Allí se leyó una nueva ley de organización”, que dicho sea de paso, huele a dictadura. Este engendro debe ser obra del Dr. Miguel Bravo, que se ha empeñado que nuestro presidente debe tener facultades extraordinarias de guerra. ¡Quiera el cielo que la intimidad del Dr. Bravo, no le ocasione dolores de cabeza! pero al tiempo...»⁴

Manuel Sanguily, exaltó la figura de Céspedes, terminada la guerra de independencia y juzga su actitud que no vieron en aquella época los hombres que lo combatían, al decir: «no tembló ni cedió ante la tremenda responsabilidad de retar al poder de España, con un puñado de amigos y vecinos sin armas ni pertrechos, sin contar apenas con el país, sin saber qué ocurriría veinticuatro horas después de lo que a primera vista parecía una locura, fue realmente un hombre estupendo».⁵

Martí, hombre visionario, dijo de Céspedes: «de sueños heroicos y trágicas lecturas, el hombre a la vez refinado y primario, imitador y creador, personal y nacional, augusto por la benignidad y el acontecimiento, en quien chocaron, como en una peña, despedazándola en su primer combate, las fuerzas rudas de un país nuevo, y las aspiraciones que encienden en la sagrada juventud el conocimiento de un mundo libre y la pasión de la República. En tanto, ¡sé bendito hombre de mármol!»¹⁴¹

• Los enemigos de Céspedes fueron aumentando primero por su condición de gobernante y por sus muchos errores que no oscurecen su gloria, pero que la historia tiene el deber de señalar y solamente vamos apuntar un caso, el de Francisco Vicente Aguilera que fue su fiel amigo, que cuando el 10 de octubre de 1868 sus partidarios titubeaban en secundar el movimiento revolucionario por no ser el jefe, éste supo prescindir de esos detalles y poner la independencia de Cuba por sobre todas las cosas; cuando la primera rebeldía con el intento de dictadura de Donato del Mármol, desconociendo la autoridad del caudillo de la Revolución fue Aguilera quien con su gran autoridad logra ser el poder armonizador; al aparecer la discordia en la emigración y con el mismo fin es

⁴ Carta de Félix Figueredo a su esposa Micaela del Castillo. Revista Cubana. La Habana. Tomo VIII, pp. 34-35.

⁵ Sanguily. Manuel. Páginas de la Historia. A. Dorrbecker. Impresor. La Habana. 1929, p. 114.

¹⁴¹ Martí, José. Obras Completas. Tomo IV. Editorial Nacional de Cuba. La Habana, 1963, p. 361.

designado el noble bayames para lograr liquidar las pugnas en el exterior, pero como dice el historiador Sergio Aguirre: «lo que Aguilera no comprendió ni perdonó fue que Céspedes lo destituyese de esta función en 1873 para sustituirlo con Manuel de Quesada. Su paciencia explotó con violencia. Y agitó a partir de entonces, en su correspondencia, la necesidad de que Céspedes fuese reemplazado en la Presidencia por acuerdo de la Cámara de Representantes».¹⁴²

La conjura contra Céspedes se preparó y la Cámara apoyada e influida por los jefes militares: Generales Calixto García y Vicente García, destituyó al Primer Presidente de la República en Armas.

Fue en Bijagual, donde reunió mayor núcleo de su tropa el General Calixto García, quien no simpatizaba con el Presidente Céspedes, a pesar de haberle éste ascendido otorgándole el mando de la División de Cuba, sin embargo fue factor determinante en la campaña anticepedista con el jefe de Tunas, General Vicente García, de quien dice Raúl Roa: «Gómez recibe un mensaje del General Vicente García, convocándole para Santa Ana de Lleo, donde en convivencia con la Cámara se conjuran algunos jefes militares para destituir al Presidente de la República» y agrega: «Máximo Gómez niegase a participar en lo “que de cualquier modo que se hiciese aparecería como un motín militar”».¹⁴³

También se encontraba junto con las tropas de Calixto García, a las que pertenecía, el Jefe de Sanidad de Oriente, el Dr. Félix Figueredo, que tan importante papel desempeñaría después en la vida de Céspedes.

El acuerdo de destitución fue adoptado y nombrado para sustituirlo por ausencia del Vice Francisco Vicente Aguilera que se hallaba en el extranjero en comisión del servicio, el Presidente de la Cámara Salvador Cisneros Betancourt.

Céspedes, como dijo Fernando Figueredo Socarrás: «había dejado de ser Presidente de la República; pero no el Padre del Pueblo y el Libertador de su Patria».¹⁴⁴

Carlos Manuel de Céspedes recibió la esperada noticia de su destitución con absoluta serenidad. Rechazó la oferta del Brigadier Pérez

¹⁴² Aguirre, Sergio. «En torno de la Revolución de 1868.» *Islas*. Vol. XI. No. 4 agosto-diciembre, p. 58

¹⁴³ Roa, Raúl. «Aventuras y Desventuras de un Mambí.» Ediciones Ciencias Sociales. Instituto del Libro. La Habana, 1970. p. 61.

¹⁴⁴ Figueredo Socarrás, Fernando. «La Revolución de Yara.» M. Pulido y Cía. Impresores. La Habana, 1902. p. 13.

de derrocar a la Cámara. Demostró con ello un gran respeto a la ley y acató la decisión adversa.

A su esposa Ana de Quesada, le escribe en noviembre 21 de 1873 y le dice: «En cuanto a mi deposición he hecho lo que debía hacer. Me he inmolado ante el altar de la Patria en el templo de la ley. Por mí no se derramará sangre en Cuba. Mi conciencia está muy tranquila y espero el fallo de la Historia.»¹⁰

¿Fue justa la deposición de Céspedes? No. Nadie puede aceptar este hecho que fue fatal para la Revolución Cubana. La Cámara con la tolerancia de muchos jefes militares cometió una gran injusticia. Ellos no lo estimaron así en aquellos momentos, porque Céspedes aunque era el Presidente de la República no representaba el hombre extraordinario que a través del tiempo surgió por su actuación y que fue glorificado en las páginas de la historia. Pero el no ver las consecuencias que motivaron la deposición de Céspedes condenó a los integrantes de aquel cuerpo legislativo con el anatema que la posteridad les otorgó, por su falta de visión, por su precipitación en condenar a un hombre sin oírlo, sin otorgarle el supremo derecho de la defensa. La historia se encargó de colocar a la Cámara y a Céspedes en el lugar que les corresponde.

«Las repercusiones —dice Raúl Roa:— de este hecho en el sesgo ulterior de la guerra revolucionaria son hartamente conocidas. Aquellos lodos con otros fangales, trajeron en sucesivas tolvaneras, los polvos de las Lagunas, de Varona, de Santa Rita y del Zanjón.»¹¹

*?. Céspedes, Carlos Manuel. «Cartas a su esposa Ana de Quesada» Instituto de Historia. La Habana, 1964, p. 197.

¹¹ Roa, Raúl. Obra citada, p. 61.